

yan tomado importantes elementos constructivos y decorativos del arte oriental.... ¿Por ventura no vemos en un monumento cristiano de los más reverenciados, la catedral de Puy, una puerta cargada de una inscripción en caracteres árabes? ¿No hay en Narbona y otras partes fortificaciones coronadas, según el gusto árabe?»

Mr. Lenormant, tan competente como Battissier en estas cuestiones, hace observar que la influencia árabe se halla en muchas iglesias de Francia; como la de Maguelonne (1178), ciudad que tenía relaciones continuas con Oriente; y que lo mismo se ve en las de Candé (Maine y Loire), de Gamache (Somme), etc.

Charles Blanc ha señalado perfectamente en el siguiente pasaje los préstamos arquitectónicos que los orientales hicieron á los occidentales. «Sin exagerar, dice, la parte de influencia que trascendió de un pueblo á otro, como se ha hecho hasta ahora, debe reconocerse que tan sólo después de haber visto los mucharabiah, los balcones de los minaretes y todas las pechinas de la arquitectura árabe, lograron los cruzados importar en Francia el uso tan frecuente en nuestras construcciones civiles y militares de la Edad media de las atalayas, de las barbacanas, de las torrecillas salientes y de las cornisas de balaustrada.»

Mr. Prisse d'Avesne, tan versado igualmente en lo concerniente á la arquitectura árabe, es de opinión análoga, pues según dice: «de los Arabes tomaron los cristianos esas graciosas torrecillas que hasta fines del siglo xvi se usaron tanto en Occidente.»

Sin embargo, conviene recordar que los Europeos de la Edad media emplearon muchos arquitectos extranjeros, respecto de los cuales no ejercían otro cometido que el de inspiradores, como los Arabes comenzaron siéndolo respecto á los Bizantinos. Esos arquitectos eran naturales de países muy diferentes; y Carlomagno mandó á buscar muchos de Oriente; y Mr. Viardot cita un pasaje de Dulaure, quien dice en su *Historia de París* que se empleó á varios arquitectos árabes en la construcción de la Catedral de esta ciudad.

Empero los autores que acabo de mencionar se olvidan de que en ningún punto fué más eficaz la influencia árabe que en España; pues ya hemos dicho que la combinación del arte cristiano y del árabe dió origen á un estilo particular llamado mudéjar, que floreció particularmente en los siglos xiv y xv, y del cual los grabados de esta obra ofrecen varias muestras.

Los antiguos edificios construídos por los cristianos en las provincias independientes durante la época musulmana, son más árabes que cristianos. Tal es, por ejemplo, el célebre alcázar de Segovia, del cual damos un antiguo grabado que lo representa tal como estaba antes del incendio de 1862. Sabido es que se construyó en el siglo xi, ó sea en tiempo del Cid, por Alfonso VI, quien, echado de sus Estados por su hermano, se refugió entre los Arabes de Toledo; estudió su alcázar, y cuando regresó á su reino, edificó un alcázar parecido al que había visto. Este monumento tiene mucho interés, por ser el tipo, casi hoy desaparecido, de un antiguo castillo árabe de guerra en España. Muchos otros monumentos, calificados de góticos puros por ciertos autores, como la torre de Belem cerca de Lisboa, me parecen por su forma general, sus torrecillas salientes, sus almenas y otros detalles, inspirados directamente en edificios árabes, más bien que góticos.

Además, la influencia árabe dista mucho todavía de haberse extinguido en España. Ciertas ciudades, como Sevilla, están llenas del recuerdo de aquella raza; y las casas aun se construyen á la moda musulmana, no difiriendo de sus modelos más que en la pobreza de la ornamentación. Las danzas y la música son verdaderamente árabes; y según ya dije, la mezcla de sangre oriental se observa frecuentemente. Bien podrá aniquilarse á un pueblo; bien podrá quemarse sus libros y destruir sus monumentos; que no por eso la influencia que supo adquirir deja con frecuencia de ser más fuerte que el bronce, pues no hay poder humano que sea capaz de destruirla, cuando los siglos apenas lo alcanzan.

Influencia de los Arabes en las costumbres.—No hablaremos de nuevo de lo ya tratado acerca de la influencia moral de los Arabes en Europa. Hicimos ver lo que eran las costumbres de los señores cristianos de esta época y las de los discípulos del profeta; demostrando que sólo al contacto de éstos perdieron los cristianos su barbarie, y adoptaron las costumbres de la caballería y los deberes que imponía, como son consideraciones para la mujer, para los ancianos y niños; respeto de la palabra empeñada, etc. En nuestro capítulo de las cruzadas hemos demostrado también cuán inferior era la Europa cristiana en aquel concepto al Oriente musulmán. Si las religiones tuviesen en las costumbres la grandísima influencia que se ha asegurado generalmente, y que nosotros no pode-

mos reconocerles en el mismo grado, cabría hacer un sorprendente paralelo entre el islamismo y las otras creencias, á pesar de que éstas pretenden serle muy superiores.

Como en el capítulo á que acabamos de referirnos hemos tratado lo suficiente de la influen-

cia moral de los Arabes en Europa, nuestros lectores pueden consultarlo; aquí nos limitaremos á hacer presentes las conclusiones que hemos debido adoptar, y que se habían impuesto igualmente á un sabio tan religioso como Mr. Barthelemy Saint-Hilaire en un libro sobre el Corán. «Con



Aldabón de la puerta del Perdón de la catedral de Córdoba

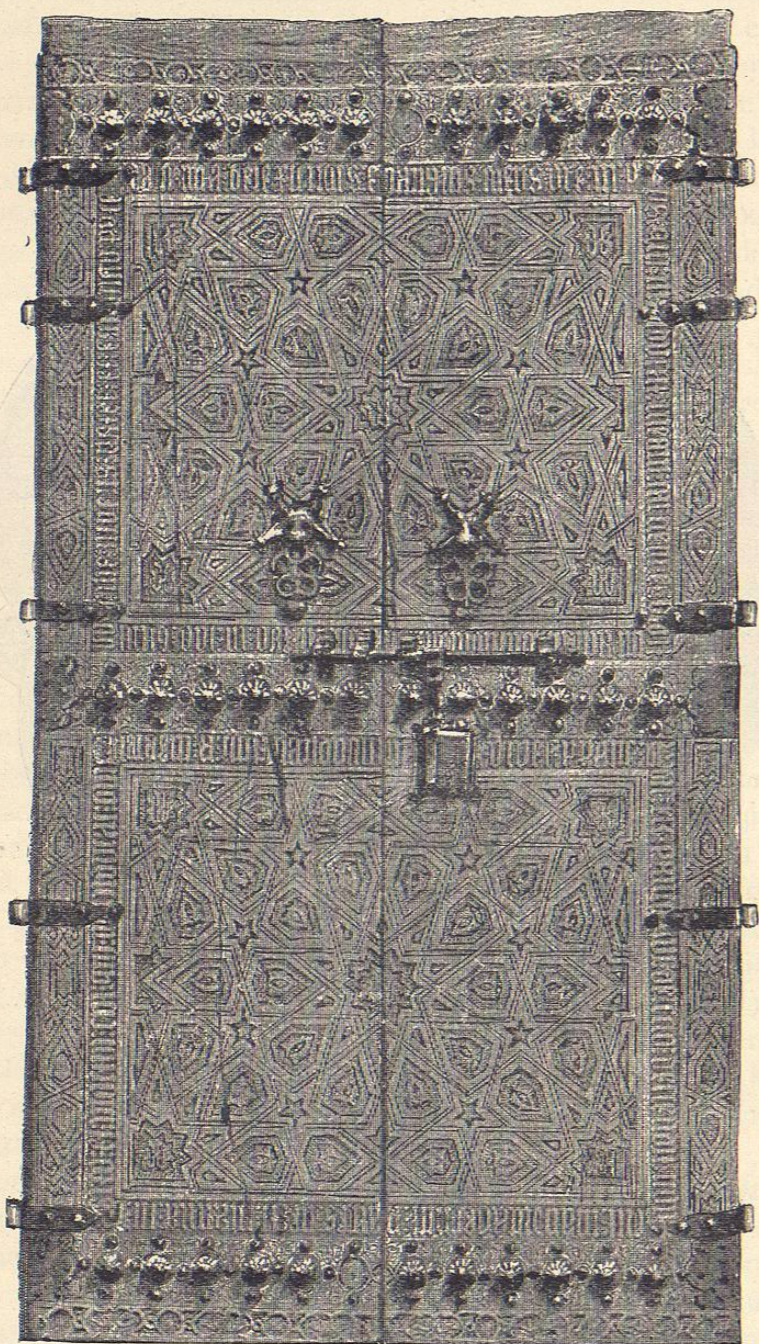
el trato de los Arabes y con la imitación de éstos, dice Mr. Saint-Hilaire, los rudos señores de nuestra Edad media suavizaron sus costumbres; de modo que los caballeros, sin perder nada de su valor, adquirieron sentimientos más delicados, nobles y humanos, que es muy dudoso hubiese logrado inspirarles el cristianismo solo, por más benéfico que fuese.»

Después de esta cita quizá el lector se pregunte por qué se desconoce tanto hoy en día la influencia de los Arabes, hasta entre sabios cu-

yo espíritu independiente debe librarles de toda preocupación religiosa. La misma pregunta me he hecho, y creo que no tiene más que una respuesta; y es que la independencia de nuestras opiniones tiene más de aparente que de real, y que no somos dueños de pensar, como quisiéramos, al tratarse de determinados asuntos. Siempre hay dos hombres dentro de nosotros mismos: el moderno, tal cual lo han labrado los estudios personales, y la influencia del centro moral é intelectual; y el hombre antiguo,

lentamente modelado por la influencia de sus antepasados; y cuya alma inconsciente no es más que la síntesis de un largo pasado. Esta alma inconsciente es la que habla, la única que toma la palabra en la mayor parte de hombres,

conservando bajo diferentes nombres, en la mayor parte de ellos, las mismas creencias, y dictándoles sus opiniones; las cuales tienen demasiada apariencia de libertad para que no sean respetadas.



Puerta de la sacristía del altar mayor de la catedral de Sevilla (estilo hispano-árabe)

Ahora bien, los discípulos de Mahoma han sido por muchos siglos los enemigos más temibles de Europa, pues cuando no nos hicieron temblar con sus armas, como en los tiempos de Carlos Martel, en la época de las Cruzadas, ó en aquella otra en que tomada Constantinopla, amenazaron á Europa, nos han humillado con la abrumadora superioridad de su civilización, y tanto es así que aún no há mucho tiempo que hemos podido sustraernos á su influencia.

Las preocupaciones hereditarias que profesamos contra el islamismo y sus discípulos se han ido acumulando durante tantos siglos en nosotros mismos, que es imposible que no formen parte de nuestra organización. Esas preocupaciones son tan naturales é inveteradas como el odio,—á veces disimulado y profundo siempre,—de los judíos contra los cristianos.

Si añadimos á nuestras preocupaciones hereditarias contra los musulmanes la otra preocu-

pación, hereditaria también, y acrecentada, en cada generación, por nuestra detestable educación clásica, de que todas las ciencias y la literatura del pasado proceden de los Griegos y Latinos, comprenderemos fácilmente que la in-

fluencia inmensa de los Arabes en la historia de la civilización de Europa sea tan generalmente desconocida. Siempre parecerá humillante á determinadas personas que la Europa cristiana deba sobre todo á los inieles la ventaja de ha-



Lámpara de cristal esmaltado

ber salido de la barbarie; de modo que un suceso, tan humillante en apariencia, no se admitirá sino difícilmente (1).

Terminaremos este capítulo diciendo que la civilización musulmana tuvo en el mundo una influencia inmensa, y que esa influencia se debe

(1) Cuando las preocupaciones de la herencia y de la civilización se hallan en un sabio bastante instruido para no ignorar la verdad, el antagonismo interior entre el hombre antiguo, creado por el pasado, y el hombre moderno, formado por el estudio personal, produce en la expresión de las opiniones unas contradicciones curiosas. El lector hallará una notable muestra de esto en la interesante conferencia dada en la Sorbona sobre el islamismo por Mr. Renán, escritor tan sabio como ameno. Mr. Renán quiere demostrar la nulidad de los Arabes, y cada aserto suyo está combatido por el mismo autor en la página siguiente. Así vemos que después de haber expuesto que duran-

te 600 años los progresos de las ciencias no se debieron más que á ellos, y la intolerancia no apareció en el islamismo hasta que fueron reemplazados por razas inferiores, como los Berberiscos y los Turcos, asegura que el islamismo siempre ha perseguido á las ciencias y á la filosofía, aniquilando el espíritu de los países que conquistaba. Pero como un observador tan penetrante como Mr. Renán no puede aceptar definitivamente una proposición tan contraria á las demostraciones más claras de la historia, llega un momento en que el sabio reaparece, disipando todas sus preocupaciones, y entonces se ve obligado á reconocer la benéfica influencia de los Arabes en la Edad media y el es-

á los Arabes tan sólo, y no á las razas diversas que han adoptado su culto (1). Con su influencia moral han civilizado á los pueblos bárbaros que habían destruído el imperio romano; con

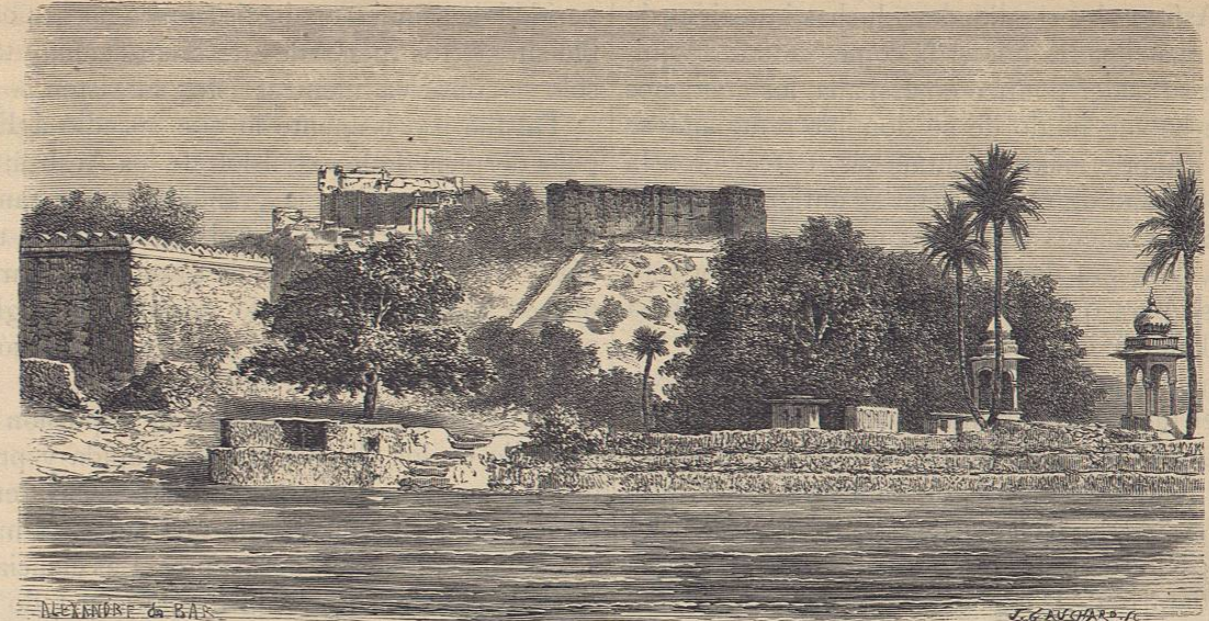
tado próspero de las ciencias en España durante su dominio. Por desgracia las preocupaciones inconvenientes vuelven luego á predominar, y el autor asegura que los sabios árabes no eran verdaderamente árabes, sino gentes de «Samarcanda, Córdoba, Sevilla;» pero como estos países pertenecían entonces á los Arabes, y la sangre, lo mismo que la enseñanza árabe, habían penetrado en ellos desde hacía años, me parece evidente que es tan difícil negar el origen de los trabajos que han salido de sus escuelas, como lo sería negar el de los que verifican los sabios franceses, con pretexto de que sus autores pertenecen á diversas razas, como Normandos, Celtas, Aquitanos, etc., cuya reunión ha llegado á componer la nación francesa.

El eminente escritor parece á veces condolerse de lo mal que trata á los Arabes, terminando la lucha del hombre antiguo y del moderno con la declaración imprevista de que siente no ser discípulo del profeta. «No he entrado nunca en una mezquita, dice Mr. Renán, sin sentir una violenta emoción, y hasta debo añadir, que no he podido menos de condolerme de no ser musulmán.» (N. del A.)

(1) Respecto de esto tengan presente nuestros lectores que los pretendidos Arabes de España no eran más que españoles que habían

su influencia intelectual abrieron á Europa el mundo de los conocimientos científicos, literarios y filosóficos de que no tenía la menor idea, y ellos han sido durante 600 años nuestros civilizadores y maestros.

abrazado el mahometismo, pues los Arabes que habían traído los conquistadores primeros no eran sino Berberiscos semi-bárbaros, y los que vinieron después, salvo algunas excepciones, no procedían de otro punto que de las costas del Norte de Africa y no eran por consiguiente más que Berberiscos. Los Arabes, propiamente dichos, que llegaron á España durante los 800 años del islamismo español, fueron tan escasos, que quedaron en seguida absorbidos por la raza española, mucho más fácilmente que los que fueron á Egipto, á pesar de que aquí llegaron en muchísimo mayor número. Por consiguiente, la influencia de los Estados mahometanos de España sobre Europa en civilización, ciencias, letras, etc., no se debió á los Arabes, según dice el autor, sino á Españoles musulmanes; y en cuanto á la comparación que hace con los Celtas, Normandos, Aquitanos en la nota anterior, le diremos que es absurda, porque los españoles mahometanos eran completamente independientes, hallándose respecto de los demás Estados árabes, como los franceses de hoy respecto de los ingleses, alemanes, austriacos, etc. (N. del T.)



LIBRO SEXTO

DECADENCIA DE LA CIVILIZACIÓN ARABE

CAPÍTULO PRIMERO

LOS SUCESORES DE LOS ÁRABES

LOS SUCESORES DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

Uno de los mejores medios de apreciar el efecto benéfico ó perjudicial que un pueblo ha ejercido sobre otro consiste en examinar lo que éste fué antes de estar sometido á aquella influencia, durante ella, y después. Lo que fueron los pueblos invadidos por los Arabes, antes de aquellas invasiones y durante el dominio del invasor, lo hemos ya demostrado suficientemente; lo que ahora nos resta es buscar lo que fueron al desaparecer los Arabes de la escena. Comenzaremos por España.

Cuando los cristianos hubieron reconquistado á Granada, último asilo del islamismo en Europa, no pensaron en imitar la tolerancia que con ellos habían tenido los Arabes durante tantos siglos; y, á pesar de los tratados, los persiguieron cruelmente; aunque sólo al cabo de un siglo resolvieron expulsarlos á todos. Su superioridad intelectual sobre los Españoles los colocaba, á pesar de las persecuciones, á la ca-

beza de todas las industrias, por cuyo motivo éstos les acusaban con razón de haberse apoderado de ellas.

El pueblo no reclamaba más que la expulsión. Pero el clero pedía algo más radical, queriendo que los degollasen á todos, sin perdonar mujeres, viejos y niños. Felipe III adoptó un término medio, reduciéndose en 1610 á decretar su expulsión; bien que dando órdenes secretas para que la mayor parte fuesen exterminados antes de salir de España, como en efecto sucedió, quedando destruídas cosa de unas tres cuartas partes de los desterrados.

Terminados los degüellos y expulsiones hubo una alegría general, pareciendo que España iba á entrar en una nueva era.

Efectivamente nacía una nueva era, pues esa destrucción en masa, única en la historia (1), tuvo consecuencias importantísimas, que apreciaremos volviendo los ojos á algunos años atrás, y viendo lo que España fué cuando se extinguió el poder de los Arabes.

(1) Después del millón de Albigenses exterminados por los franceses. (N. del T.)